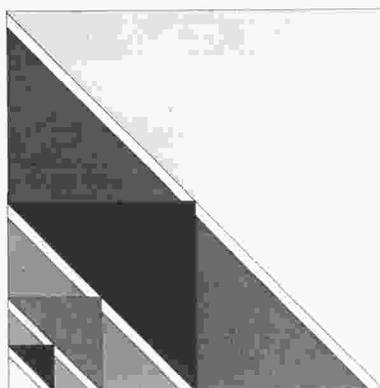


Entrevista



Respeto y crítica¹

Norbert Elias

Como sociólogo y filósofo Theodoro Adorno definía sus propios caminos con frecuencia de manera algo despreocupada por lo que ocurría alrededor de sus disciplinas. Yo también escogí mis propios senderos como sociólogo. Que en mi caso haya sido tanto más difícil y que haya demorado mucho más tiempo hasta que tras la aparente obstinación del esfuerzo se revelara su fertilidad, obedeció a múltiples razones que no hace falta comentar aquí. Menciono el hecho únicamente porque deja ver el pleno significado que para mí tiene el otorgamiento del premio Theodoro Adorno. En efecto, es una manifestación de que mis esfuerzos por una mejor comprensión de las sociedades humanas y de su dinámica se entienden también en Alemania: el octogenario vuelve a casa y se le da la bienvenida.

Tengo plena conciencia del honor que me concede la ciudad de Francfort a través del premio Adorno. Creo que la mejor manera de expresar mi gratitud como primer condecorado con este premio es la de recordar la memoria de aquel hombre cuyo nombre lleva. Adorno con su vivo rostro redondo es lo que tengo más vivamente presente al recordar un tiempo en que los dos éramos aún bastante jóvenes, es decir alrededor de 1930-31. Qué poco vislumbrábamos entonces de aquello que se estaba avecinando. El, nativo de Francfort, y yo, en los primeros peldaños de una carrera universitaria en la Universidad Johann Wolfgang Goethe, estábamos trabajando en el mismo edificio. La Universidad había alquilado aulas para los sociólogos en el *Institut für Sozialforschung*. Horkheimer puso a mi disposición como asistente del Seminario Sociológico una oficina arriba en el instituto. Pero las relaciones entre Mannheim y Horkheimer eran algo tensas, y esto se hacía extenso a los entonces socios menores Adorno y Elias. En

¹ Discurso pronunciado con motivo del otorgamiento del premio Theodor W. Adorno el 2 de octubre de 1977. Publicado en: Elias, N. y Lepenies, W., *Zwei Reden anlässlich der Verleihung des Theodor W. Adorno-Preises 1977*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 1977, pp. 35-68. Traducción: Vera Weiler, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia.

ocasiones nos veíamos. Además, el uno oía hablar del otro porque la Universidad formaba uno de los centros de una amplia red de comunicaciones que incluía partes de la sociedad de la ciudad. La Universidad presentaba una peculiaridad relativamente escasa entre las Universidades alemanas, y como he podido constatar con satisfacción en el presente verano, en la actualidad, se distingue de nuevo por ella. Era absolutamente natural que hombres y ante todo mujeres de la sociedad de la ciudad amplia asistieran con alguna regularidad a conferencias de profesores universitarios interesantes e incitantes. Los problemas que allí surgían se convertían en tema de conversación de fiestas y reuniones sociales de todo tipo; la información sobre la vida personal de los profesores universitarios prominentes también fluía con rapidez por los canales de las conversaciones de estos dilatados círculos sociales que, como hoy, incluían —entre otros— a editores y libreros, sindicalistas y empresarios tanto como a funcionarios municipales y estatales. Así, por vía indirecta yo oía hablar de “Teddy”, como le llamaban sus amigos más íntimos, y tal vez él también oía hablar de mí. La Universidad de Francfort bajo su rector Kurt Rietzler entonces había atraído un círculo de hombres cuyo nombre y obra aún hoy goza de gran aprecio. Había personajes como el psicólogo de la Gestalt Wertheimer, el neurólogo Goldstein, el teólogo y filósofo Tillich, el economista Adolf Lowe, Erich Fromm, Marcuse, Mannheim, Horkheimer y Adorno, para sólo mencionar a éstos. No todos los círculos se hallaban en estrecho contacto. Pero en todo caso los años de Francfort fueron de los más ricos y excitantes de mi vida.

Adorno era ya en aquel tiempo, y aún más claramente después de su regreso de América, uno de aquellos profesores universitarios, que sin desaparecer del todo, se han vuelto escasos. Él no miraba el mundo a través de los anteojos de una disciplina única, es decir de la filosofía o de la sociología sino que por lo contrario sentía una aversión bastante fuerte frente a personas que son únicamente expertos. En Inglaterra el *gentleman* forma el opuesto al especialista, resulta característico que en Alemania dicho lugar lo ocupe la persona ampliamente cultivada. Adorno era una persona tal en la más grande medida. Al igual que yo, él tenía amplios intereses artísticos. En su caso la atención estuvo puesta ante todo la música y la literatura. Lo atestiguan sus escritos, particularmente su introducción a la sociología de la música, su filosofía de la nueva música y sus notas sobre la literatura publicadas en la editorial Suhrkamp. Según parece, él pensaba como yo también, que el trabajo científico y algún arte —no importe que sea la música o bien la literatura— se pueden complementar de modo fructífero, ante todo en las ciencias humanas. La frescura y la excitación personales que proporciona el ocuparse de algún arte tanto en el papel del creador como en el de quien lo goza, anima la fantasía científica. Pero al mismo tiempo hay experiencias y conocimientos humanos que pueden ser expresados y formulados de modo más claro y convincente en una obra de arte que en un ensayo científico, o en un poema por ejemplo.

Sobre la actividad de Adorno como músico y compositor no puedo hablar, pues no la conozco. Su sensibilidad artística se revela bastante claramente en sus trabajos como crítico y sociólogo de la música o, para poner un ejemplo, en lo que escribió como introducción a una selección de poemas de Rudolf Borchardts: dado que la disposición política de Borchardts era bastante distinta de la de Adorno, dicha introducción, en modo alguno acrítica, revela una postura comprensiva y tolerante. Esta sensibilidad se revela también y no por último en el empleo que Adorno hacía del idioma. Era peculiar por cierto, pero se destacaba por una habilidad de adaptación a la melodía de la lengua raras veces equívoca y era rico en metáforas afortunadas. Así por ejemplo, al decir sobre el *Ursprung des deutschen Trauerspiels*² que el libro “a pesar de la más cuidadosa arquitectura en general está construido de tal manera que cada uno de los apartes densamente tejidos e internamente fluidos de alguna manera toma aire, vuelve a iniciar de nuevo, en vez de desembocar en el siguiente a través del esquema del continuo desenvolvimiento del curso de las ideas”.

Al mismo tiempo que filósofo y sociólogo Adorno fue ensayista en la gran tradición europea, un *homme de lettre* en el mejor sentido de la palabra. Su lenguaje raras veces fue erudito-pedante, al menos no cuando firmaba él solo como autor, raras veces ha sido aburrido, con frecuencia centelleante, en ocasiones brillante. Por lo visto puede decirse lo mismo de sus conferencias. Yo lo sé sólo por lo que se ha contado, pero él debe de haber sido un profesor excelente aunque no precisamente paciente. La vivacidad de sus conferencias se siente todavía al hablar con personas que las han escuchado. Se me hacía conmovedor cuando en el pasado verano se me decía aquí y allá que mis conferencias evocaban el recuerdo de las de Adorno; sonaba como un recuerdo de algo importante, algo irremediablemente perdido. Por lo visto en la vida de Adorno la enseñanza y las relaciones con sus estudiantes significaban mucho. Le proporcionaban satisfacción y de manera inevitable, desilusiones. Su ensayo “Philosophie und Lehrer” (La Filosofía y el profesor) da testimonio de ello.³

Quizás, el humanismo crítico de Adorno sea lo que más liga mi propia orientación a la suya. Él debió entender bajo el término humanismo, sin embargo, algo distinto que yo, la expresión no le gustaba. Pero mi acepción del concepto “humanismo” de alguna manera también concuerda con el suyo. El *Leitmotiv* que tengo en mente al emplearla es en primer lugar el de alguien que refiere los conceptos con frecuencia deshumanizado, de los cuales actualmente nos servimos al escribir y al hablar sobre condiciones sociales—conceptos como economía, política, cultura, base, sistema, interacción y cien más— estricta y consecuentemente a los hombres que forman las sociedades. En el primer sentido

² Th. W. Adorno, Einleitung in Walter Benjamin, *Schriften*, Bd. I, Suhrkamp Verlag 1955, XIII.

³ Th. W. Adorno, *Eingriffe*, edition suhrkamp, Frankfurt 1963, 29.

Adorno y yo compartimos un trecho del camino. A mi parecer, él luego se detuvo, mientras yo tuve que seguir mi camino, por cierto de modo bastante solitario. Me refiero a que Adorno se conformó con la búsqueda de un marco teórico para su humanismo en las obras de Marx y Engels. Esto es comprensible. Pues Marx fue indudablemente uno de los primeros, si no el primero, que logró crear un amplio y coherente modelo teórico de la sociedad humana y de su desarrollo desde la perspectiva de los grupos humanos más pobres y menos poderosos. En nuestro tiempo de la disminución, aunque seguramente no desaparición, de tantas desigualdades de poder no se puede entender el extraordinario alcance del impacto de sus obras, mientras no se comprenda este rasgo característico de la síntesis social marxiana. En correspondencia con éste, al lado de infinidad de otros hombres, Adorno esperaba encontrar en el edificio teórico de Marx los medios de orientación que necesitaba para sus intenciones humanistas, es decir para sustentar la repugnancia que sentía frente a la opresión de los hombres por los hombres.

Pero en su caso, al igual que en el de muchos otros, el recurso a Marx también conllevó determinadas desventajas. Adorno se aferró así a un sistema de ideas que se basaba en el ámbito de la experiencia y del conocimiento de una época pasada y que en su propio tiempo era apropiado como medio de una orientación realista sólo en parte. En otro plano ya no era suficiente como medio de orientación contemporánea. El comunismo de Marx que para él mismo continuó siendo un objetivo de acción proyectado hacia el futuro, ya se había convertido en el modelo guía de la planeación de poderosos gobiernos estatales y organizaciones partidistas. He expuesto en otro lugar⁴ que una planificación que no tiene en cuenta los procesos no planeados que influyen sobre los actos planeados y orientados hacia un objetivo, conduce inevitablemente a resultados no previstos por los planificadores y muy distintos de los objetivos de la planeación. La conversión del programa marxiano de los trabajadores oprimidos y poco organizados en programas de gobierno para el desarrollo planificado de poderosos Estados, es un ejemplo por excelencia de la metamorfosis que los resultados de la planeación sufren en la resaca de los procesos no planeados. El hecho de que la concepción y la planeación de gobiernos, partidos, y muchos otros grupos en la segunda mitad del siglo XX haya quedado fijado sobre la doctrina de un pensador indudablemente grandioso de mediados del siglo XIX, condujo de manera comprensible a crecientes discrepancias entre el pensamiento inmóvil de dichos grupos y la cambiante realidad social.

Adorno fue un marxista humanista; no era en absoluto ortodoxo. Pero aún esta moderada atadura a un sistema de orientación que obviamente todavía no había asimilado y elaborado mucho de lo que ocurrió en la vasta arena de las sociedades humanas después de la época de su creación, generaba también en

⁴ N.Elias, "Zur Grundlegung sozialer Prozess", in: *Zeitschrift für Soziologie*, 1977, vol. 6, 2, 127-149.

él, si bien en forma mitigada, los síntomas de lo que hoy tal vez pueda llamarse enfermedad social del intelecto. Ella se presenta en forma mucho más virulenta en muchos ámbitos, no sólo entre los marxistas sino también en círculos liberales, conservadores y socialistas. Su síntoma central es la atadura mental de los hombres a sistemas de orientación, programas de acción, principios y normas de una época pasada a los cuales se atribuye una autoridad inmutable y definitiva; no se está en condiciones de pensar más allá de ellos. No sería difícil demostrar que ninguno de los grandes programas socio-políticos de acción del espectro convencional de los partidos —que se extiende entre los polos comunismo fascismo— tal vez con excepción del programa fascista mismo, o sea programas como el conservador, el liberal y el socialista, se corresponde con los principios e ideales originales relacionados que aún hoy están reclamando aquella autoridad, que se relacionan con estos nombres. De hecho en la praxis sociopolítica hoy ya no se encuentran sino formas mixtas. Y como tales aparecen los programas de acción y los principios sociales que se legitiman a través de estos nombres y denominaciones similares, en principio sólo porque resulta demasiado doloroso deshacerse de las etiquetas cada vez menos brillantes que representan alguna autoridad e invocan elementos emocionales.

Todos ellos tienen seguramente su lugar en los conflictos de clase de sociedades particulares que Marx primero formuló teóricamente, y es la continuidad de estas tensiones que hace que sigan existiendo. Sin duda se pisa un campo minado si se manifiesta como sociólogo, menos preso de autoridades, esta idea. Durante algún tiempo se impusieron las voces que —atadas a la autoridad de Marx— nos querían hacer creer que la estructura de los conflictos de clases de sociedades industriales no habían cambiado desde los tiempos de Marx, que —en otras palabras— la teoría de Marx bastaría para entender los conflictos de clase del tardío siglo XX. Después de eso, ahora parecen imponerse nuevamente aquellas voces que tratan como los teóricos de la totalidad del siglo XIX de suprimir y de desacreditar completamente la idea de una estratificación social y de los conflictos relacionados con ella. La supresión del concepto de las clases sociales y el castigo a aquellos que enseñan por ejemplo en escuelas que nosotros vivimos en una sociedad de clases son un medio de lucha muy desmesurado en las luchas de clase que a fin de cuentas no se pueden eliminar del mundo por medio del disimulo. Por el contrario, solo si se le mira la cara al hecho de que en todos los Estados industriales, capitalistas como comunistas, se conforman clases sociales o estratificaciones de tipo clasista, y si se pregunta por qué esto es un hecho, puede esperarse un mejor manejo de los problemas que resultan de tensiones de clase. Solo si se logra explicar estas tensiones se esta en condiciones de llevarlas a formas menos violentas.

La conversión de la obra marxiana de un medio teórico-empírico de orientación social, rico en descubrimientos, que se puede probar, revisar o desarrollar como cualquier obra científica, en una biblia portadora de autoridad

absoluta, y ya no susceptible de mejoramiento alguno, y en un credo estatal, partidista y sectario, sólo es uno de los ejemplos de la enfermedad contemporánea del intelecto a la cual me he referido. Este vicio de autoridad, la búsqueda de muletas mentales, de libros de generaciones pasadas, de normas preconcebidas, de principios que autorizados solo hay que interpretar sin tener que seguir pensando y observando por cuenta propia, hoy en día se encuentran en muchos campos socio-políticos; se encuentran no en último lugar, también entre los científicos sociales y filósofos. Forma parte de los fenómenos cuya consecuencia es la parálisis del pensamiento autónomo y más allá, la de toda la capacidad de imaginación en relación a los hombres como sociedad e individuos. En muchos casos esta parálisis de la capacidad imaginativa despoja a los atacados por ella de la posibilidad de percibir siquiera sucesos que no se dejan encajar en el esquema de ideas y principios admitidos como autoridad. En estos casos resulta emocionalmente satisfactorio solo aquello que se puede expresar en las categorías y en los conceptos familiares prescritos por este esquema. El valor de seguir pensando más allá está quebrado. Esta enfermedad de la devoción por autoridades condena a los hombres para siempre a una condición de epígonos.

Muy seguramente Adorno fue un pensador demasiado autónomo como para imponerse en su propio terreno demasiadas restricciones por la atadura con la autoridad de Marx. Tan solo su uso creativo de la lengua alemana le impidió un empleo estereotipado de conceptos que eran juzgados como autorizados, y la ausencia de los términos fétiche sagrados, forma parte de los encantos peculiares que proporciona la lectura de sus escritos. Como uno de los autores principales del libro sobre la personalidad autoritaria estaba familiarizado con síntomas del vicio de autoridad. Pero también él, por lo visto, no encontró tan fácil resolver mentalmente la contradicción entre la doctrina original de Marx y el desarrollo no planeado —es decir la conversión de un programa de orientación y de acción para oprimidos en un programa de acción para sus representantes, que en la marea de procesos no planeados frecuentemente se han convertido en represores. Pero justamente para un marxista humanista a este dilema no resuelto no se le podía despojar de su importancia. No es improbable que el rasgo de resignación que se encuentra en forma reiterada en su obra guarde una relación con ello. Piénsese quizás en una de sus obras principales, la *Mínima Moralía*, donde al avanzar fascinado en la lectura uno espera la respuesta decisiva que de alguna manera todas las veces se desplaza hacia la siguiente esquina. Pero ella no aparece. Una y otra vez él plantea preguntas claras e importantes como por ejemplo: ¿Para qué todavía la filosofía? Pero uno sigue la lectura sin conseguir al final alguna posición decidida. En ocasiones él se burla muy explícitamente de hombres que esperan una respuesta positiva. No será que el precio que tuvo que pagar por su marxismo humanista era al fin de cuentas una salida, una parálisis de la capacidad para una síntesis teórica que iba más allá del marxismo, y la correspondiente resignación, la sensación de una realización personal insuficiente?

La atadura de la primera generación de directores del *Institut für Sozialforschung* a una tradición autoritaria y la limitación que impusieron a su visión la puedo demostrar con un pequeño ejemplo que tuvo que ver conmigo mismo. Ustedes no me lo tomarán a mal si lo menciono. En la primera parte de mi libro sobre la civilización encuentran un estudio sobre la oposición de cultura y civilización, habitual en la tradición alemana. Para mí se trataba de encontrar cómo se podía *explicar* esta contraposición y en particular el valor relativamente alto que en la tradición alemana se relaciona con el concepto de cultura y el valor comparativamente bajo que se confiere al de la civilización. Entonces no tomaba sin más esta diferenciación sino que indagué en el desarrollo social de Alemania por las razones de estas diferencias de valor y de significado. Resultó que en un principio tenían que ver con la relación específica entre nobleza y burguesía en Alemania, o sea con tensiones y conflictos entre capas, luego también con las tensiones nacionales entre Alemania y las potencias occidentales. La oposición entre estos dos conceptos, originalmente un símbolo de una oposición entre capas o clases, con el tiempo se volvió un símbolo de oposiciones nacionales. A mí esto me parecía bastante instructivo. Lo consideraba una prueba de que uno como sociólogo puede con su propio trabajo plantear nuevas preguntas y hallar respuestas nuevas. El libro estaba listo antes de la pasada guerra e inició su lucha trabajosa por lectores después de que hubiera finalizado. Ahora, después de la publicación por la editorial Suhrkamp parece ser exitosa.

En 1956 Horkheimer y Adorno publicaron un ensayo sobre el mismo tema de cultura y civilización en su volumen *Soziologische Exkurse*. Pero los directores del instituto por lo visto no querían —o dicho de forma más correcta— no podían aprender nada de mí. Los problemas que ellos veían en la oposición de cultura y civilización eran los convencionales. Eran problemas filosóficos y de la historia de las ideas, mientras para mí se trataba de un estudio sociológico de conceptos. El hecho de que en este como en muchos otros casos se hayan ignorado mis investigaciones en detrimento del esfuerzo por el conocimiento, no ocurrió por mala fé. Me parece que las razones estaban en que mis investigaciones no casaban con el esquema del pensamiento y de los valores de los receptores. Aún hoy resulta instructivo comparar las reflexiones de Adorno y Horkheimer sobre el problema de la cultura y la civilización con mis investigaciones, publicadas cerca de quince años antes sobre el mismo tema.

Tal vez también en este caso se hizo sentir una cierta parálisis del esfuerzo teórico en razón de la atadura a una obra, a un marco teórico reconocidos como autoridad. Los directores del instituto no se esforzaban con la misma decisión que yo por proseguir las reflexiones y la observación. Un tal esfuerzo —apenas hace falta que lo diga— conllevó muchas dificultades que ya fueron señaladas por el señor Lepenies en su bella laudatio. Pero por ahora quisiera decir todavía algo que me importa, con respecto a Adorno.

Según mi parecer no se puede entender el núcleo de su orientación y especialmente su simpatía por la doctrina de Marx sin que se señale la experiencia traumática de la expulsión de Alemania. Adorno había vivido, primero incrédulo, luego con creciente horror, el ascenso del Nacionalsocialismo. El tuvo que abandonar el país que era su patria, el país de su lengua, tuvo que vivir en países de otra tradición y de otro idioma, como expulsado, como exiliado y no como emigrado o como alguien que sale voluntariamente de su país —como frecuentemente se dice encubriendo las cosas—. Después de su regreso jamás lo abandonó el miedo ante el retorno del Nacionalsocialismo o de un régimen similar. En el volumen ya mencionado *Eingriffe*, publicado en 1963, se puede leer:

El hecho de que el fascismo tenga vida todavía, que el trabajo sobre el pasado no se haya logrado aún y que antes se ha desdibujado como caricatura en el frío y vacío olvido, todo esto se debe a que las condiciones sociales objetivas que generaron el fascismo siguen existiendo.

Estas son palabras de peso que muy seguramente no han perdido aún hoy nada de su importancia. Pero ellas —y en realidad muchas otras ideas de Adorno— al mismo tiempo indican con que fuerza su pensamiento y su investigación estuvieron fijados en el espectro polarizado de los partidos y sistemas de creencias sociales, dominantes en la sociedad industrial alemana. Me refiero al espectro del cual agrupaciones marxistas forman un polo y los fascistas el otro. El no ignoraba que en el curso de procesos no planeados pueden también los marxistas victoriosos transformarse de oprimidos en opresores. Pero como tantos otros no veía una salida de este dilema, y no se planteó el problema de explicar por qué esto era así. La doctrina de Marx le servía al tiempo de bastión y de arma ofensiva frente a la burguesía que le parecía siempre de nuevo sospechosa de asegurarse en la lucha de clases, con parte de los trabajadores, la supremacía a través de la restauración de un régimen fascista-dictatorial. En consecuencia tenía poco interés y poca comprensión por trabajos en ciencias sociales como los míos, que se ubican al margen del espectro de los actuales sistemas de creencias sociales.

Como sea, con base en sus convicciones orientadas por Marx durante algún tiempo se produjo lo que tal vez pueda llamarse alianza entre Adorno y los estudiantes de izquierda. Pero lo que para Adorno no sólo era un medio de la orientación objetiva sino también expresión de una experiencia personal en extremo traumática de la persecución y del exilio, tenía para la generación de sus estudiantes mucho más jóvenes un color algo distinto. Tengo que abstenerme de tratar esta cuestión con más detalle. Baste una idea. Para muchas personas de la generación más joven la adhesión al marxismo y en casos extremos también al anarquismo terrorista en el fondo representó también un intento de depurarse a sí mismos y a Alemania de la maldición del Nacionalsocialismo. Sentían la maldición. No servía de nada cuando decían: Pero nosotros ni siquiera habíamos nacido, nunca tuvimos nada que ver con Hitler. Jóvenes o viejos, la irritada

imagen que tenían en términos de Nosotros, de los hombres alemanes, siguió cargada por el recuerdo. Los sucesos de 1968 en Alemania seguramente no se pueden explicar en función de un factor único. Aquí todo un complejo de factores estuvo en juego. Pero la entrega al marxismo para un buen número de estudiantes tuvo entre otros la función de un medio de protección; que también ayudaba a gente joven a limpiarse, ante sí mismos y ante todo el mundo, del stigma de las cámaras de gas con el cual estaba cargado el nombre de Alemania. No sería impensable que este esfuerzo por la depuración de la maldición de la cual muchos jóvenes culpan, no del todo sin razón a sus padres, a la burguesía alemana, juegue también en la actual ola de violencia algún papel. Esta inclinación al extremo, el desprecio por los compromisos, que por cierto se encuentra profundamente anclada en la tradición alemana, como todos vemos hoy aún no ha perdido su efectividad.

Ella se mostró entre otros también en la dureza con que grupos de estudiantes se volvieron contra su maestro Adorno desechando su marxismo humanista, despreciado como tibio desde su marxismo feroz. Que los estudiantes con quienes se creía ligado se apartaran de él, así como sus duros ataques contra él fueron una amarga tragedia de nuestros días, que tal vez le haya costado la vida.

Cuando observo las oscilaciones del péndulo de la violencia de la derecha para la izquierda y, quién sabe, de la izquierda para la derecha, en la reciente historia alemana, me siento a veces recordado de la Orestíada de Esquilo donde se trata también la pregunta de cómo es posible sustraerse del círculo satánico de la venganza de la sangre y de la maldición de la violencia que conduce permanentemente a nuevos actos violentos. Quizás se recuerden: Los Dioses hicieron saber a Agamemnon que podía esperar buen viento para su travesía hacia Troya solamente si les sacrificaba a su hija Ifigenia. A la vuelta de Troya es asesinado en la tina por su esposa Clitemnestra, en parte porque ella quiere vengarse en él por la muerte de su hija. Luego los Erinnies impulsan al hijo de Agamemnon, Orestes, a vengar a su padre en su madre. Cuando él, impulsado por ellos, asesina a su madre, lo persiguen sin piedad como matricida. El se refugia en el santuario de Atenea quien finalmente apacigua a las viejas diosas de la venganza e intenta romper el círculo satánico en cuyo curso los actos violentos siempre evocan nuevos actos de violencia.

Al lado de Polonia tal vez sea Alemania —lo digo conscientemente— en el curso de su historia el país de Europa más llevado de un lado para otro —en todo caso mucho más que Inglaterra y Francia. Las oscilaciones del péndulo de la violenta credulidad en la autoridad, la maldición de la venganza que se autorenewa permanentemente, que se encuentra hasta el presente en Alemania, seguramente esta relacionada con este desarrollo de Alemania lleno de desgarramientos y de altibajos. ¿Cómo puede acabarse con la oscilación del péndulo de la violencia desde la derecha para la izquierda y tal vez desde la izquierda de nuevo para la derecha?

Con seguridad no se trata de un problema alemán solamente. El infinito círculo de la violencia autorenovada se puede observar hoy en las hostilidades de terroristas católicos y protestantes de Irlanda como en las de guerrillas fascistas y rojas en el Japón y de muchos otros países. ¿Entendemos lo imponente de esta problemática social? ¿Podemos explicarlo? Creo que no; o en todo caso nos encontramos apenas al comienzo de la explicación. Se puede observar actualmente en muchos países que el uso frecuentemente inhumano y brutal de medios de violencia por parte de las autoridades estatales y el uso inhumano y brutal de medios de violencia por grupos de los gobernados que se sienten oprimidos, se aumentan mutuamente.⁵ Al ver el drama se estremecen en rebelión los sentimientos. Pero es justamente la resonancia de los afectos la que mantiene al círculo satánico de la venganza en movimiento y que, engendrando continuamente el acto violento de un lado evoca el acto violento del otro lado. ¿Puede ser que hayamos perdido la orientación en nuestro propio mundo? que los aparatos categoriales y conceptuales con los cuales nos hemos criado ya no se corresponden del todo con las sociedades en desarrollo? que, por decirlo en una palabra, esté petrificado nuestro pensamiento científico-social o que en todo caso ande detrás del curso real del desarrollo social? Me inclino a pensarlo así. Pero sé demasiado bien que se necesitará de largos años de paciente labor para desarrollar los modelos científicos sociales de tal manera que puedan contribuir mejor a mitigar la creciente desorientación e inseguridad en nuestro cosmos social —¿a dónde vamos?— y para superar los modelos viejos y heredados.

En medida modesta he intentado hacer justamente eso. No ha sido fácil, y seguramente no es fácil. Pero tal vez pueda expresar mejor lo que para mí significa la condecoración con el premio Adorno si al final digo alguna palabra acerca de eso. El otorgamiento del premio Adorno tiene para mí el significado de un símbolo. Para mí representa el reconocimiento público no de una persona y muy seguramente no solo de *mi* persona, sino la posibilidad e incluso la necesidad de los hombres de continuar pensando y observando de forma autónoma y sin preocuparse por las autoridades más viejas. El trabajo en las ciencias del hombre como en otras ciencias es una carrera de relevos: se recibe la antorcha de las generaciones anteriores, se la lleva un trecho y se la entrega a las manos de la siguiente generación para que también ella vaya más allá que uno mismo. El trabajo de las anteriores generaciones no se destruye por ello sino que es condición para que las generaciones posteriores lo puedan superar. Ahí radica a mi modo de ver el significado simbólico del otorgamiento del premio Adorno para mí. Ustedes premian con ello a alguien, que sin olvidar el nexo con el pasado, nunca se ha agachado ante la autoridad del pasado. Esto ha sido muy difícil. Al investigar se tienen a toda hora las voces de pasadas autoridades y las de los

⁵ Le estoy muy agradecido a mi amigo profesor Abram de Swaan, Universiteit van Amsterdam, por llamar mi atención sobre este tema.

contemporáneos críticos en el oído. Se oyen toda clase de comentarios y argumentos como voces en la cabeza propia. Pero si por atenderlos uno se deja desconcertar en su capacidad de pensar por sí mismo, está perdido.

Es mi propósito traspasar la antorcha, y esto comprende también el valor de resistir a las autoridades del tiempo pasado tanto como del presente. No quiero yo mismo convertirme en autoridad a la cual uno se aferra. Deseo que mi ejemplo inculque a las futuras generaciones el valor de compaginar la conciencia de la continuidad de la propia vida con la fuerza y la tenacidad que son necesarias para la innovación, para el cultivo del pensamiento propio, para la superación de las generaciones de los mayores.

Le estoy agradecido a la ciudad de Francfort por el premio, y me esforzaré por transmitir a la siguiente generación el ejemplo del pensamiento y de la investigación no autoritarios e independientes, la idea de la carrera de relevos, en donde cada uno solo es un eslabón, hasta cuando me sea posible .

